

Palabras preliminares

Fue hace cerca de quince años, pero supongo que no mucho ha variado desde entonces. En aquel momento tuve ocasión de participar de un programa de forestación urbana en Villa Fiorito, en el conurbano bonaerense. Las napas freáticas, de donde muchos de los habitantes de la zona extraen agua para el consumo diario, se encontraban demasiado expuestas a la superficie y estaban contaminadas. El proyecto de plantar fresnos en las veredas surgió como medida que a un determinado plazo de tiempo conduciría esas napas a mayor profundidad y, así, se reducirían los niveles de contaminación. No podría decir si el programa tuvo algún efecto celebrable, lo cierto es que durante el proceso de capacitación conocí a un grupo de jóvenes y adolescentes de entre quince y veinticinco años que cursaba estudios básicos en la escuela para adultos N° 706, el espacio institucional desde donde se coordinó el emprendimiento. En una ocasión varios de estos estudiantes estaban vestidos de manera no habitual, con una pulcritud a todas luces impostada. Llevaban zapatos, corbata, camisa. Los chicos. Mientras que las chicas se habían pintado los labios, lucían carteras y tacos. Evidentemente, algún evento extraordinario estaba por tener lugar. No demoré en preguntar, y la respuesta que recibí fue natural. Quiero decir, no había en ella ironía alguna: iban a conocer la Ciudad de Buenos Aires. Una ciudad ubicada —solo en términos administrativos porque al final tanto Fiorito como la Ciudad de Buenos Aires son parte del mismo continuo espacial— a menos de diez kilómetros de

donde nos encontrábamos y a la que se puede llegar con solo tomar un colectivo por treinta minutos. Una hora, tal vez, si la idea es llegar hasta el centro, hasta el café Tortoni que solía frecuentar Jorge Luis Borges o la emblemática plaza de las Madres de Plaza de Mayo.

El presente trabajo brota de un cierto malestar: de la desconfianza que suelen despertarme celebraciones apresuradas o lecturas ortodoxas de conceptos que, como *in-between*, *border thinking* o *contact zone*, han proliferado en los últimos años colocando en el centro de su modelo al migrante como sujeto histórico por excelencia, como el agente destacado en los desplazamientos identitarios posmodernos y posnacionales, y, consecuentemente, como el objeto de investigación predilecto de los estudios culturales. Ya hace varios años Homi Bhabha reclamaba en favor de esta tendencia que “the truest eye may now belong to the migrant’s double vision” (1994: 5). El verdadero y —a veces pareciera— también el único.

Me permito un rodeo. En una entrevista realizada por Nelson Maldonado-Torres, Walter D. Mignolo se refiere a su carrera académica desarrollada en Argentina, Francia y EE. UU. con las siguientes palabras:

Hay una línea que conecta la experiencia en estos tres lugares y de la que fui consciente apenas en Estados Unidos cuando “descubrí” lo que significaba ser chicano/a o latino/a. Ahí me di cuenta de que en Argentina era hijo de inmigrantes del interior del país y que nunca sentí que pertenecía al país. En Francia, uno era “sudaca” como decían en Madrid, o el ejemplo del *dernier gadget d’outremer* que consumía la intelectualidad francesa a través de las novelas del “boom”. Y en Estados Unidos descubrí que era latinoamericano y blanco, pero no tan blanco, y que también era “hispano” (2007: 191).

De un modo similar, Arjun Appadurai narra en las primeras páginas de *Modernity at Large* su desplazamiento desde su “upper-class adress” en Bombay a la Universidad de Chicago donde comenzó su carrera académica: “The American bug had bit me. I found myself launched on the journey that took me to Brandeis University (in 1967, when students were an unsettling ethnic category in the United States) and then on to the University of Chicago” (1996: 2).

Quiero destacar dos operaciones presentes en ambos casos. Por un lado, la enunciación explícita del relato de la gesta migratoria estaría

funcionando claramente en Appadurai —ya que el pasaje de carácter personal encabeza el libro—, pero también en Mignolo, como el “punto de apoyo” biográfico desde donde legitimarán sus respectivos postulados teóricos. Esta exhibición del *locus* de enunciación debe ser leída como una instancia de autorización en la medida en que la subjetividad migrante, ubicada entre espacios, no podría ser mejor conceptualizada por nadie más que por propios migrantes, de modo tal que los atributos del objeto de estudio que les interesa —las subjetividades trans/posnacionales— terminarían coincidiendo, o al menos en una cierta intersección, con los de los sujetos de la enunciación. En un segundo nivel, cabe poner de relieve la acentuación que ambos realizan de una diferencia marcada por el componente étnico. El lugar desde donde Appadurai y Mignolo articulan sus teorías sería el de una alteridad fundamentalmente étnica, es decir que serían portadores de la voz del inmigrante rechazado por su carga cultural y, eventualmente, por rasgos corporales.

Pero lo cierto es que esta maniobra retórica que les permite ubicarse del lado de los grupos “abyectos”, estigmatizados por su condición de no pertenencia étnica y cultural, se torna posible únicamente en virtud del desplazamiento de atributos vinculados a la clase social. La diferencia en el corte analítico al que conduce un énfasis del elemento étnico en menosprecio del de clase es al menos significativo si se considera que un bracero centroamericano en EE. UU. o una vendedora ambulante peruana en las calles de Santiago de Chile no se halla de ningún modo en las mismas condiciones que un profesor argentino en Duke o un inversionista limeño en “Sanhattan”, a pesar, claro, del atributo compartido “inmigrantes”. No es el objetivo de este excursus, ni creo que esté a mi alcance, cuestionar el valioso arsenal de herramientas teóricas que han sabido elaborar los estudios poscoloniales en sus diversas declinaciones. Antes pretendo realizar un simple llamado de atención para poner al descubierto una zona que considero particularmente débil y sugerir reajustes a una teoría que por lo demás disfruta de una merecida e indiscutible aceptación académica. Un llamado a reflexión que en última instancia no se aparta mucho del que ya hace varios años realizaba Terry Eagleton cuando decía que

Of the left triptych of preoccupations [clase, género y raza], it has undoubtedly been social class which has been in such quarters the subject of the most polite, perfunctory hat-tipping, as the feeble American concept of “classism” bears witness. But the problem is a pressing one in Europe too. We have now produced a generation of left-inclined theorists and students who, for reasons for which they are in no sense culpable, have often little political memory or socialist education (1990: 6).

Mi argumento sería, pues, que en el contexto de una realidad histórica que indudablemente auspicia traslados acelerados de información, recursos y personas, habría subjetividades “globales”, insertas en la dinámica de movimiento e intercambio mundial, y subjetividades “varadas” en el espacio local, con escasa capacidad de traslado y de acceso a información socialmente relevante en un marco en el que las culturas desterritorializadas dan la tónica. Ambas constituirían, en términos por supuesto muy esquemáticos, dos grandes categorías signadas por una diferencia de “clase” posmoderna y posnacional. Dentro de estos dos grandes rubros, cabría, a su vez, establecer subclasificaciones —“interseccionalidades”— de género, étnicas y también, nuevamente, de clase, de modo tal que un profesor argentino de Duke compartiría rasgos con otros inmigrantes, pero también —y quizás en su dimensión más honesta— con otros trabajadores intelectuales estadounidenses. Aunque esto último no debería necesariamente implicar una desautorización de su discurso sobre subjetividades en tránsito, ya que él mismo pertenece en parte a tal universo y las identidades nacionales, fundamentalmente en ámbitos culturales y económicos desterritorializados propios de la emergente élite mundial, habrían perdido sustento y capacidad de generar diferencia. Un caso paradigmático de las segundas, de las subjetividades ancladas a lo local y a las que este trabajo de algún modo pretende devolverles atención, serían los chicos de Villa Fiorito, para quienes un traslado momentáneo de treinta kilómetros puede significar un suceso insólito.

Aclaro acá que una mirada orientada hacia los espacios locales urbanos y las subjetividades asociadas no supone una restauración de algún tipo de nacionalismo regionalista o una exaltación idealizante y populista de atributos locales esencializados, sino que busca dar cuenta de lo que ocurre en el reverso del gran relato de las migraciones

contemporáneas. Busca retratar los espacios locales en sus contradicciones y diversidad en un contexto en el que —como anoté arriba— los estudios culturales se han visto inclinados a indagar los grandes desplazamientos y los espacios fronterizos y de tránsito a la respectiva escala.

Con un foco más concentrado en el espacio urbano latinoamericano, lo señalado arriba equivale a decir que mi interés principal se orienta a examinar las zonas, y sus representaciones literarias, que no han sido asimiladas positivamente por la corriente modernizadora neoliberal que tuvo su apogeo en América Latina hacia los años 90. Estos espacios son, precisamente, los mismos que han perdido atractivo para las investigaciones culturales que, acaso justificadamente, han privilegiado las áreas de tránsito y comunicación. Esto no significa que estos territorios, que hoy conforman una suerte de *aggiornada* periferia de lo que Saskia Sassen (1991) y Jordi Borja y Manuel Castells (2000 [1997]) denominan *ciudad global*, sean inmunes a la tendencia globalizadora ni que en ellos se halle necesariamente un germen de resistencia “nacional”, sino, acaso, todo lo contrario: los territorios menores, la ciudad de los lugares “abandonados”, son también efecto de la globalización y, asimismo, allí toman o pueden tomar forma relatos e imaginarios que cuestionan tanto el orden global determinado “desde arriba” como el nacional, aunque en sí mismos bien puede —y suele— ser que estén constituidos como complejos híbridos y heterogéneos.

El escozor mencionado anteriormente relativo a un imaginario en torno a las grandes migraciones transnacionales que ha descuidado e incluso despreciado las configuraciones espaciales y discursivas locales —tal vez porque no han sabido adaptarse al dictado cosmopolita impartido por las élites posnacionales— no implica un rechazo de los postulados que afirman y promueven identidades “líquidas” o inestables. Tampoco —como ya recalqué— oculta una nostalgia populista o restauradora, sino que —y este es el desafío de fondo— estaría alertando sobre un vacío epistémico, una cierta carencia de reflexión en el seno mismo de los estudios culturales y/o poscoloniales. En este sentido, mi intervención intenta más bien *complementar* las reflexiones que han puesto el énfasis en algunas inflexiones de lo “trans” sin detenerse a considerar espacios y subjetividades que han quedado relegados o

que tienden al encapsulamiento. Para reforzar la idea, hago más palabras de Antonio Cornejo Polar que —considero— todavía reclaman cierta meditación: “Aclaro que en modo alguno desconozco las obvias o subterráneas relaciones que se dan entre los diversos estratos socio-culturales de América Latina; lo que objeto es la interpretación según la cual todo habría quedado armonizado dentro de espacios apacibles y amenos (y, por cierto, hechizos), de nuestra América” (2002 [1997]: 868). En plena sintonía con tal afirmación y con la serie de implicancias que acarrea, pero obligado a realizar el corrimiento pertinente, lo que yo me resisto a aceptar es que las diferencias, en su significado más amplio —y en esto también la de clase—, hayan quedado disueltas en la nebulosa de un “tercer espacio” o “zona de tránsito” que la mayoría de los sujetos —y aquí piénsese especialmente en quienes jamás podrían poner en sus bocas el relato de una migración exitosa hacia las universidades estadounidenses— con fortuna apenas experimentan como padecimiento, coerción o, eventualmente, deseo.

Más en concreto me interesa la literatura, me interesa el tratamiento que la ficción literaria ha hecho del espacio local —ese incipiente “desconocido”— después de la caída del Muro. Puesto que —como veremos— el campo o la naturaleza, al ser, finalmente, absorbidos por el logos occidental, han perdido relevancia como problema, puesto que tal territorio se ha disuelto como nutriente discursivo, el espacio local que ahora parece concentrar la atención de la producción narrativa es el urbano. El escenario actual de la micropolítica. Se trata, por lo tanto, de una literatura atenta a la microfísica del poder global, al impacto microterritorial de los reordenamientos mundiales, y que ya no se monta sobre el esquema clásico que dividía el territorio latinoamericano en términos de ciudad/naturaleza. Hablo también de una literatura que no denuncia, que no refleja, que no reproduce, sino que, consciente de sus límites y posibilidades, ejerce acciones simbólicas sobre el espacio como, a su manera, lo hacen organizaciones ciudadanas, colectivos que piensan globalmente, pero actúan en lo local.

La estructura que adoptan estas reflexiones consta de cinco partes. La primera, “Fundamentos”, está dedicada a presentar los interrogantes que motivan el trabajo y un respaldo conceptual necesario para poner en funcionamiento la maquinaria crítica, así como un marco

teórico decidido pero versátil. Junto a definiciones ajustadas de *globalización* y *ciudad*, que buscan captar ciertas particularidades latinoamericanas, se presenta en este primer capítulo un modelo de abordaje que retoma la categoría de *ciudades textuales* acuñada por Andreas Mahler (1999) para insertarla en un marco más amplio que, según lo ha esbozado Henri Lefebvre (1991 [1974]), permite pensar los mecanismos de producción de espacio desde un enfoque holístico. A esta parte inicial le siguen cuatro capítulos que también son cuatro procedimientos, matrices o recursos reconocibles en la literatura latinoamericana de las últimas décadas: *cronotopos posnacionales*, *flânerie "anacrónica"*, *ciudades textuales prospectivas* y *ciudades textuales de la memoria*. Cada uno de ellos se nutre de la tradición y la reinventa en vista de un objetivo específico guiado por la coyuntura histórica: producir simbólicamente espacio local urbano. Estos procedimientos son examinados en los capítulos respectivos a través de un grupo de casos "ejemplares" para luego cerrar con una "Síntesis y coda", donde se amplía el potencial corpus y se dejan asentadas las conclusiones específicas. Las "Conclusiones finales", por último, retoman escuetamente los argumentos parciales expuestos en extenso en cada una de las "Síntesis y coda" y resumen los resultados generales del estudio.